

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES.

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FRTES



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRAN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

EL HUMO.



BIEN seguro estoy de que, si no ninguno, muy pocos serán los que se paren á pensar en el humo. Y el humo, sin embargo, existe y nos rodea por donde quiera. Y el humo tiene sus causas, sus leyes, sus misterios y hasta su filosofía, su moral, su poesía y su política. Pero, ni los filósofos embo-

bados con sus abstracciones, ni los políticos aturdidos con el ruido de sus actos, ni los moralistas alarmados con nuestras inmoralidades, se acuerdan del humo que en vano se les mete por los ojos haciéndoles llorar, por las narices haciéndoles estornudar, y por la boca por el conducto de sus cigarros.

Y digo yo: ¿tan despreciable es el humo que no merezca que de él me ocupe? ¿tan estéril que no pueda engendrar un pensamiento en la mente, una imagen en la fantasía ó una reflexión en el raciocinio?

Un fósil, un gusanillo, un insecto microscópico han tenido reconcentradas en sí las poderosas inteligencias de un Buffon, un Cuvier, un Owen; y ¿el humo será ménos que un insecto?

No; el humo es mucho mas.

Porque el humo está en todas partes. Allí donde está hay vida y movimiento; donde no le hay está la desolacion y la muerte.

De todas partes dimana y en todas se oculta: le llevais, lectores, en la levita, en el sombrero, en el pelo, en la cartera; habita en nuestra casa en el techo, como las arañas; está dentro de nuestros muebles, como la polilla; duerme con nosotros en la cama, se cuele en nuestros libros y en nuestros papeles. Aunque la prueba es dura, si quereis convencerlos, acercad fuego á cualquiera de estos objetos y este inseparable compañero, diciendo «aquí estoy» se hará presente en seguida.

El humo es mensajero de los mas grandes y de los mas infaustos acontecimientos y está unido á casi todos los actos de la vida humana.

Ya se desprende del volcan en negras ondas amenazadoras y sombrías como los abismos que le han engendra-

do; ya belicoso va al combate y sale por la boca de los cañones y fusiles, envolviendo la muerte bajo formas mas várias que sus vagas espirales; aquí homicida se mezcla al incendio de una ciudad; allá destructor vaga en torno de bosques y campos incendiados, cubriéndolos como con un sudario. Activo y generoso en forma de vapor (que para mí, con perdon de los físicos, no es otra cosa que humo) escapándose del agua caliente, se introduce en las máquinas y ayuda con su fuerza poderosa al hombre, enjugándole el sudor de la frente, trasportándole por la tierra con la rapidez del águila y por el mar contra vientos y mareas. Trabajador y diligente se lanza en las fábricas por empinadas chimeneas, semeando la bandera ondulante de la civilizacion y de la industria; gloton y sustancioso surge de los manjares de opulenta cocina impregnando el aire de gastronómicos olores; cómodo y soñoliento se levanta de los leños tendidos en lujosa chimenea, tan confortablemente como el sibarita que con ellos se calienta; profano y religioso á la vez, lo mismo brota magestuoso de los místicos incensarios y se esparce por el templo,

como naciendo de lujosos pebeteros, impregna de lascivos perfumes los encantados ámbitos de un serrallo. Él acompaña al químico en su laboratorio, revuelto como su cabeza, y al pastor en su cabaña tranquila como su alma.

En una palabra, el humo es la única cosa que es y no es al mismo tiempo, que así es nuncio del mal como del bien; lo mismo se encuentra en el palacio que en la bohardilla; lo mismo construye que destruye; lo mismo ayuda que estorba; bello, diáfano y caprichoso unas veces; siniestro, oscuro, desolador otras, nos deleita y nos asfixia, según le place: por fin, se acomoda á todas las formas y á todos los usos imaginables.

¿Hay algo mas interesante por su esencia, mas novelesco por sus actos, mas poético por sus formas que este misterioso hijo del fuego?

Que digo hijo! enemigo, porque es hijo como la víbora, que al nacer asesina á su madre.

Supon, lector, y lo harás con gusto, que tienes una casa... y que se prende fuego; ¿quién es el primero que le denuncia? el humo. ¿Cuál es la primera campanada de alarma? no la de la parroquia: la primer campanada es el humo. Si se apaga el incendio, el humo es tu salvador; porque, lo mismo que por el hilo se saca el ovillo, por el humo se saca el fuego; si apesar del arrogante «asegurada de incendios», tu casa se abrasa, no es culpa del humo, que ha estado gritando sin que le oigas.

Nuestro amado objeto está ausente: vemos en el mar ó en la tierra una nube de humo: aquel es el humo del barco ó del tren que nos trae la dicha. Es por el contrario que se marcha? El humo es lo último que perdemos de vista y aquellas ondas vaporosas parecen un pañuelo agitado por una mano amiga que se despide.

Mucho admiro el humo, pero mas admiro el uso que de él hacen los hombres.

Aquí, si las plumas tuvieran ceño, la mía le frunciría; y las letras se pondrían serias, y los renglones airados, y los párrafos amenazantes, y las columnas en ristre, y con ellas enristradas acometería este articulillo á algunos lectores, hiriéndoles en la conciencia, cuya sangre es el rubor que por las mejillas se asoma.

Porque—apelo á los lectores sensatos: ¿no es vergonzo ver los caudales que se invierten en humo, se vierten como humo, se convierten en humo, y se pervierten por el humo?

Hay una isla riquísima entre las ricas, joya de las islas, perla de los mares: se llama *Isla de Cuba*; tierra es de azúcar y ella sola puede endulzar el mar que goloso la circunda relamiéndose al lamer sus almibaradas costas; esa isla es un pilon de azúcar, y, si me cupiera en la boca me la comería como una yema, según lo dulce que debe estar. Así tiene tantos golosos! En vez de Cuba debía llamarse isla del azucarero ó isla de la pipa (y no de vino); porque ella es el enorme terron que

endulza al mundo y la inmensa pipa que la humanidad se fuma. Aquí hormigas humanas trabajan para sembrar tabaco, es decir, para hacer cigarros; es decir, para fabricar humo, que es decir para fabricar nada á costa de mucho. Aquel plantío de humo surte de tan vaporoso artículo al mundo entero que fuma.

Fumar! hé aquí el verbo mas importante para una infinidad de mortales, cuyo mayor deleite es hacer humo. No intento pintar las delicias que encierra un cigarro, pues á los aficionados ó *amateurs*, para hablar á la moda, les convencería que les pusiese uno entre los labios, y á los profanos ni toda la estadística de la renta de tabacos, ni todas las tiendas de humo (álías, estancos), ni todas las petacas reunidas, les sacarian de su creencia de que fumar no es ni mas ni ménos que un diabólico vicio de hacer humo.

No me remontaré á académicas consideraciones sobre la antigüedad que no fumaba, y acerca de si el narcótico tabaco ataca á la constitucion de la raza humana.—Pero veo este hecho presente y le consigno: fuman muchos mientras muchos no comen!

¿Quién calculará los inmensos capitales que se invierten en fumar?

Una petaca del rico va á convertir en humo, *por gusto*, lo que el pobre quisiera convertir en pan *por necesidad*. Y el rico fuma, se relame, se adormece, y el pobre se muere, vela y desfallece: el uno chupa y el otro suspira; uno se chupa los dedos de gusto, y otro se come los codos de hambre. La diferencia es poca.

Veis el humo de un teatro ó de un salon que nos ahoga á veces? Pues en la calle hay seres que serian felices con tener el ex-valor de aquel humo. Y al fin gastar en comer, en beber, en hacer algo, pase; pero... ¡en hacer humo...!

Y aquí gime un enfermo, y acá se aflige una viuda, y allí llora un huérfano y acullá se desespera un pobre, y en tanto, lectores. *chupais*, *gastais*, y *haceis humo...!* humo...! y mas humo...!

Esto clama al cielo.

A veces se os acerca un pobre, os pide una limosna y echando una bocanada de humo soleis decirle: «hermano, perdón por Dios.» Si el infeliz os dijese, «dame, por ese Dios, el humo que tiras por el aire» éste seria el sarcasmo mayor, el anatema mas sangriento que podría lanzaros á la cara.

El humo que sale por las chimeneas va diciendo: «aquí se calienta un hombre» y acaso un ser humano contempla tiritando aquel humo, y vé perderse en el espacio un capital que él busca sin encontrarle y un calor que su cuerpo aterido necesita.

Pues ¿y el humo de una cocina? Este es el mas caro; éste si que es mal intencionado, porque malicioso se mete, impregnado de incitantes olores, por la nariz del hambriento, irritando su apetito y mofándose de su miseria.

He dicho que el humo hasta tiene su política: baste un ejemplo. En los de-

siertos, en los polos no hay humo: están solitarios, muertos. Londres es la capital del mundo: sus casas y edificios están ahumados.

Basta de ejemplos y filosofías, que harto claro habla el humo mismo, aunque, como lo hace con los geroglíficos de sus flotantes formas, unos no le oyen, otros no le ven, y los que le ven dicen que no le entienden.

Un cigarro, aunque inmoral moralmente considerado, es moral filosóficamente mirado, porque es el mejor ejemplo que podemos tener á la vista; y, si la lección que nos enseña la llevásemos en el pensamiento como en la boca, sabríamos y recordaríamos que nuestras esperanzas son humo que se disipa, nuestras ilusiones humo que se pierde en el vacío de la realidad, nuestros ensueños humo impalpable, nuestros deleites humo ligero sin duracion, nuestro cuerpo, en fin, un cigarro que arde con el fuego vital de la existencia que se gasta con el calor de las pasiones; un cigarro que el Tiempo se fuma consumiéndole; que solo dejará por cenizas un cadáver y cuyo humo, que es el alma que en él se oculta, se disipará en el espacio de lo infinito y se perderá en la duracion de las aterradoras eternidades.

El humo nos recuerda que humo son nuestras vanidades, humo las pompas mundanas, humo la gloria y la fortuna, humo las grandezas de la historia y las flaquezas de la vida; porque todo, como él, nace, se transforma, se eleva, y como humo se pierde en el hondo recipiente de lo pasado y en la gran atmósfera de la nada.—Filosofía de estos renglones: todo es humo.

Moraleja de esta prosaica fábula: todo el dinero que se gasta en fabricar humo, debiera emplearse en fabricar pan para los que de él han mas hambre y sed que de justicia.—Consecuencia: el humo sugiere esta enseñanza.

Resultado total: los fumadores seguirán fumando y las máximas de este artículo — cigarrillo, se desvanecerán como el humo de la memoria de mis lectores, disipándose en el espacio oscuro é inmensurable del olvido.

La Locura.

Á D. JUNÍPERO.

SONETO.

Si *Albérica* pensó que no hallaría
Quien de su logogrifo enmarañado
Encontrase el cruel significado
Oculto en tan revuelta algarabía:

Si *Esparavan* no pudo todavía,
En asuntos mas serios ocupado
Buscarlo, y como yo, que lo he encontrado,
Decirle, que no muela con su harpía:

Sepa, que apenas empecé á leerlo
Me entraron ganas de rezar, y el sueño,
Que es digno premio del que mucho reza,
Cerró mis ojos, me privó de verlo

Y me persigue con tenaz empeño,
Como á él le persigue, la «POBREZA».

Danacon.

NOVIEMBRE 23 DE 1863.

DESPRENDIDOS Á CUAL MAS.

Cada vez que considero
Que voy para Villa-vieja,
Me insulto, me desespero,
Y echára mano al primero
Que pasa junto á mi reja.

Y lo mismo que digo yo, dice *un porcion* de amigas mías que ven pasar con dolor de su corazón uno tras otro día, sin que se presente una alma caritativa que les diga: «por ahí se pudran.» Pero no haya miedo, que ello vendrá día que nos las paguen todas juntas.

Yo, al que me otorguen los cielos
Ofrezco matar á celos,
Que no es floja espiación,
Y aun si es preciso, al bribon,
He de arrancarle los pelos.

Afortunadamente, para nosotras las que hemos pasado ya de la dichosa edad de escojer, y mucho mas aun de la felicísima de despreciar, acaban de abrirse á la concurrencia pública tres brillantes mercados, donde será un milagro que no pesquemos cuanto nos hace falta. Veremos ahora si el que se escapa del Salon-paseo de Isabel II, no cae de patitas en el *Bazar* de la asociación domiciliaria, y si logra evadirse de los peligros que le asedian, en estos, no da de bruces en el Teatro de Tacon. Se me figura que de cuyas resultas, *toditicas* salimos á la calle de brazo,

En premio de nuestro afán,
Cada hembra con su galán,
Y aun es fácil, ¡voto á briós!
Que, según las cosas van,
Alguna salga con dos.

Y lo que digo de mi sexo, debe entenderse asimismo respecto al *agelo*, esto es, al fuerte, pues á uno y otro favorecen á la vez los tres aparadores: tambien á él le toca su buena parte, y si no fuera porque temo que me tachen de habladora, habia de revelar á mis lectores mas de un secreto. Lo malo que hay en todo esto, es que las aspiraciones de uno y otro sexo son desprendidas á cual mas, pues todos estamos por lo positivo, es decir, por el dinero, procurando huir de la miseria como el diablo de la Cruz.

El hombre, al tratarse de una mujer, por linda y virtuosa que sea, lo primero que averigua es si tiene *educación*; y sabido es que esta palabra en su vocabulario casamentero no significa otra cosa que dinero. La mujer, aunque no con tanta frecuencia, vé á un hombre bien parecido, elegante y si se quiere hasta honrado. Le gusta, oye con benevolencia sus arrumacos; pero dígame, vecina: ¿Conoce V. á ese mozo? Y como esta le diga que el mancebo es todo un hombre de bien, pero que no cuenta con otros bienes, ni dispone de otra entrada que la de la puerta de su cuarto y tres ó cuatro onzas mensuales, de fijo que la muchacha no vuelve á acordarse del mozo, y ni siquiera se digna contestar á sus saludos, si es que el pobre, á fuer de enamorado y con un palmo de lengua fuera de la boca, pasa una y cien veces al día por delante de su casa. Y en cierto modo hace la muchacha santamente. Aquello de

Contigo pan y cebolla,
No es mas que pura bambolla.

Por mi parte, confieso que al grado de positivismo á que han llegado las cosas, no hay nada que me apesté tanto como un hombre pobre. ¿Qué me importa el cariño del mas apuesto, ante la horrorosa perspectiva de un porvenir cuajado de privaciones y miseria? ¿No vale mil veces mas un hombre, aunque sea de mármol, con tal que suelte á todas horas lo necesario, y aun lo superfluo, con que poder asistir á bailes y diversiones,

Tendida muellemente en mi victoria,
Deslumbrando con perlas y con flores?

No faltará quien diga que mis ideas son disolventes: convengo en ello. Hoy pocas son las cosas que no están en disolución. Además, mas disolvente que la pobreza no hay nada en el mundo, y por lo mismo yo no estoy porque me disuelva á mí, y si yo á ella, si es posible. Cuestión de apreciaciones.

Tengo yo una amiga contemporánea que ha tenido la desgracia de quedar viuda de su primer marido, el cual, como es de suponer, era una cosa excelente, puesto que llegó el día de sus alabanzas. La pobre está inconsolable..... esto es, lloriquea y hace una docena de pucheritos el día que va al cementerio á hacer una visita al difunto, pues el resto del año,

Deja en su casa el dolor,
Y corre que es un primor
En busca de otro marido,
Que al verse sola en su nido
Teme morirse de..... horror.

Ella no omite gasto ni diligencia para dar con la horma de su zapato: lazos, flores, sortijas y cuanto de artificial y bello han inventado de consuno la vanidad y la codicia, otro tanto se encaja sobre su alma con el objeto de deslumbrar al prógimo, no obstante el dolor que la aflige. Hasta á la misma sagrada mansión de los finados lleva su prurito de llamar la atención pública, ya colocando coronas y cintas sobre la losa que cubre los restos de su *inolvidable*, ya inscribiendo en ellas su nombre en prenda de póstumo cariño, y mas que con este objeto con el íntimo afán de dar á conocer al mundo que ha sido una amantísima esposa, capaz de continuar siendo lo mismo, siempre que haya otro que tenga el suficiente valor de darse á prueba.

Pues como iba diciendo, esa amiga mia, me dijo la otra noche.—¡Ay, hija! Maridos sobran: lo que falta es quien tenga *vergüenza*.—Y al decir esto, frotaba suavemente el pulgar y el índice de la mano derecha de un modo harto significativo para que hubiese dejado de comprender cualquiera, que lo que faltaba á los presuntos era *dinero*.—Mira tú—continuó—ese mozo que acaba de hablar con nosotros en el paseo, me tiene *seca*; pero se desgañita en balde el infeliz, porque aparte de que yo sé que él se cree que soy rica, ni descuenta pagarés en la plaza, ni usa mas carruaje que el que usó nuestro seráfico padre San Francisco; y yo, como ya te he dicho otras veces, ni estoy por andar á pié, ni ménos para sufrir sin provecho ancas de nadie; antes por el contrario, quiero un marido que me lleve por todas partes con comodidad, bien sea al paseo, á la ópera, ó ya finalmente donde quiera que se me antoje: que eso de andar á pié y rozarse á cada paso con la multitud, es cosa de la plebe, y yo, como tú no

ignoras, no transijo con toda clase de gente.

Y al tenor de esta amiga, tengo tambien un amigo, que, como dijo *Esparavan* en una de sus letrillas, *puede arder en un candil*. (Y no es por cierto el mismo *Esparavan* el amigo, pues me consta que este no busca dinero,

Y si la luz de unos brillantes ojos.)

Ese amigo, pues, anda que se las pela en busca de una *jembra* millonaria, y no encuentra una siquiera que le parezca aceptable, como no lleve colgado del moño, ó en la culminante crestra del mata-pollos, una sarta de perlas y brillantes, símbolo de una fortuna colosal á veces, (aunque otras plateado anzuelo) que le asegure para despues de casado una vida de *dolce far niente*, agradable sueño dorado de toda su vida.

Como ya yo soy para él, por razon de mi edad, lo que llaman los imberbes una arpia, no tiene reparo en hacerme depositaria de sus locas aspiraciones, que oigo las mas de las veces como quien oye llover.—Celestina,—me dijo no hace muchas noches:—esa niña es muy hermosa, tiene excelentes cualidades; pero carece de una, y esa es precisamente la que mas falta me hace á mí.—¿Cuál?—pregunté yo llena de asombro;—¿No vé V. repuso mi interlocutor? ¿No advierte V. en su porte que es mas pobre que las ratas? ¿V. vé en su tocado algun brillante? ¿No la vé V. siempre con su vestido blanco lavado? ¡Ay amiguita! Esa es mucha miseria.

Yo solicito una chica
Que sea rica, muy rica.
Mis pretensiones son grandes,
Y si una pobre me pica
No ponga mi pica en Flandes.

La cosa marcha, dije yo para mi alboroz. A este paso ni con tenazas se atrapa un hombre. Por eso me gusta *Esparavan*, para quien la única condicion aceptable en la mujer es la virtud. Ya se vé: como que es lo mas escaso, el maldito está empeñado en que es lo que mas vale.

Dios le tenga de su mano
Y le dé lo que procura
Con empeño liso y llano,
Y á mí me dé un ciudadano
Que me colme de ventura.
Y en materia de amor haga
Lo que quiera cada cual.
Su capricho satisfaga.
La virtud... .. es una plaga
Y una ilusion la moral.

La Madre Celestina.

EPÍGRAMA.

Juan á su prima Dolores,
Que de un convento salia,
Llamó por galantería
La vírgen de sus amores.
Ella inocente y sincera,
Dijo: Mamá, que pecado...!
¿Oiste? Juan me ha llamado
La vírgen...! Ay, quién lo fuera!

Maese Nicodemus.

EL BAZAR BENÉFICO.



Aspecto del Bazar en las primeras horas de la noche.



—Ay, papaito, cómprame muchas papeletas á ver si me saco una niña tan bonita como esa.

EL BAZAR BENÉFICO.



—Señorita, el premio correspondiente al 340.....?
 —Aquí lo tiene V., caballero.
 —Cielos.....! un peine.....!!



Despues de haber gastado seis onzas en papeletas.

Ayuntamiento de Madrid

EL ZAPATEO.

(Imitación del Petrarca.)

"El vulgo es necio, y pues aplaude, es justo
Hablarle en necio para darle gusto;"
Solo que á veces la maldad depende
Mas que del comprador, del que la vende.

Sobre un potro sabanero
De alto pecho y cola larga,
(Llevando espadín al cinto,) A la tienda de Managua,
Se acerca con rostro alegre
Don Jacinto Balandrana,
El sacristán de Hato-Nuevo,
Hombre de costumbres sanas,
Que adora una buena mesa,
Como adora su *jamaca*.
Lo esperan en la taberna,
Entre vivas y algazara,
Veinte guajiros insulsos,
De sombreros de ala ancha,
Que van á perder sus «onzas»
Mirando venir la «mala»;
Media docena de alegres
Y fumadoras muchachas,
Que al través del humo denso,
Tal sus encantos realzan,
Que por diosas del Olimpo
Las tuviera Sancho Panza.
Allí en la misma taberna
Al buen sacristán aguardan,
Dos arrieros—que desean,
Escribir á sus amadas
Prendas—que mustias suspiran
Por no verlos en Canarias.
Llega por fin el viajero,
Junto á la tienda se para,
Y al contemplar tanta gente,
En tierra gozoso salta,
Y como guajiro al cabo,
Así al saludarlos clama:

«En toda la *Vuelta Abajo*,
Donde el Sol su luz refleja,
Ningún sinsonte se queja
Sin que le cueste trabajo.
Yo por eso no me bajo
De mi jaca sin afán,
Sé agradecer lo que dan
Guajiros tan trovadores:
¡Viva Managua, Señores,
Que ha llegado el Sacristán.»

Como resuena en los montes
El rayo que vivo estalla,
Salió de todas las bocas
De mil vítores la salva:
Quien á una vieja atropella,
Soltando una carcajada;
Quien requiebra á Benvenuta,
Quien al Sacristán abraza;
Pero al fin el ruido cesa,
Y un mozo de buena estampa,
Contesta al recién llegado
Con estas bellas palabras:

«Ha llegado el Sacristán
Que era esperado de todos,
Para alegrar con sus modos
A las bellas que aquí están.
Muy bien pondera su afán,
Sus temores, su trabajo,
Porque desde el cielo abajo
Nada en el mundo me espanta;
«Donde Ricardo se planta
Se acabó la *Vuelta-Abajo*.»

(Estrepitosos aplausos.)

Aquí si que fué la *bullá*
De *moquenque*, á la *campana*:
Mordió una pulga á una vieja,
Se desmayó una muchacha:
¡Cuántos genios inspirados,
Que dieran honor y fama,
Como Ricardo, se pierden,
Por su rústica ignorancia,
Devorados por el tiempo,
Que en destruirnos se afana,
Como devoran los bueyes
En los potreros la grama!
Se vió el Sacristán corrido,
Y por seguir la jarana,
Entró, como entraron todos,
(Que era ya tarde) en la sala.
Al compás de mas de un tiple,
Varios cantores trozaban
Esas bellísimas trovas
Que de brillantes se esmaltan,
Para envidia de los muchos
Opulentos de la Habana!
«Zapateo» «Zapateo»
Diversas voces esclaman:
«Que baile Belén Buniato
Pa que se caiga la valla.»
Y salió la Belencita
Vestida de tarlatana,
Con un talle que por poco
De las rodillas le pasa,
Luciendo todo el donaire
De su bellísima manta,
Verde con pintas azules
Sobre rayas encarnadas.
Como sauce que se inclina,
Hasta las cejas le baja
El atezado cabello
Que su semblante engalana.
Un mozo tira el sombrero,
A los pies de la que baila:
Otro en el hombro le pone
Pañuelo de listas anchas:
Bota el cabo del tabaco
Una vieja que fumaba,
Para decirle á su hija:
«Baila, boba, ¡que guanaja!
No ves como aplauden todos,
A la nieta de má Pancha,
Por lo bien que escobillea.»
¡No comprendo que haya alma
Tan imbécil, que prefiera
A estas fiestas celebradas
«Aristócratas saraos»
Los concurrentes esclaman:
«Que improvise Juan Cabeza.»
Cascaritas de avellanas,
En tanto arrojan los mozos
Desde la cerca del patio,
Por la puerta y la ventana
A las niñas de esta sala!
Juan Cabeza, vuelve, tose,
Junto á Mercedes se para,
Y en fácil rima murmura
Estas lindezas galanas:

«Aunque apenas tengo bozo,
Porque me da la real gana,
Mercedes, no hay en la Habana
Quien te pueda echar al pozo;
Yo en contemplarte me gozo,
Y á torcer diera mi brazo,
Sino fuera el calabazo
Para cantarte instrumento;
Al que niegue tu portento
Lo acabo de un machetazo.»

Pero no había concluido,
Juan Cabeza su relato,
Cuando Pedro Poncheleche,
Soltó de este modo el trapo.

«Donde impera Marcelina
Decir la verdad no puedes,

Cuando afirmas que «Mercedes
Es la beldad mas divina»

Tu ocurrencia peregrina,
Que no la tuviera un buey,
Hace que, gozoso Hatuey,
Sobre un chivo se encarama,
Y hasta la gloria proclame
De la yuca y del mamey.»

Juan Cabeza arrebatado,
Iba á romperle ya el alma,
Si Pachín, el cabo-ronda,
Como Juez no lo desarma.
Siguió luego el zapateo,
El canturrio y la guitarra,
Casi hasta los mismos «claros»
De la espléndida mañana.
Así en el campo se goza,
Con sencillez y con calma,
De placeres que se envidian
Por la necia aristocracia,
Que va á roncar á la ópera,
O á fastidiarse en las danzas,
Que escandalizan al genio
Que por los buenos se afana.

Un retrógado.

EL SALVA-VIDAS DEL CIRCO.

—*Esparavan*, esta noche te espero en el Circo de Chiarini para comunicarte un asunto que te interesa.

—*Don Junípero*, aguardeme V. primero en el infierno que en semejante sitio.

—¿Y eso? ¿qué te han hecho en Chiarini?

—Friolera, señor. Desde la noche aquella en que uno de los hermanos Risarelli se vino al suelo como fardo de algodón desde una elevación de quince ó veinte varas, me siento el corazón poco menos que contundido.

—Si es por eso que no quieres ir, bien puedes desechar todo miedo de que se repita una escena semejante á la que tanto te ha dado que sentir; porque has de saber que Chiarini, atento á la observación que hizo nuestro semanario hace pocos días, ha mandado construir una red, que colocada á una vara del suelo, impedirá en lo sucesivo el que se lastime ninguno de los gimnastas que tengan la desgracia de caerse.

—Y libraré al público de un millón de sustos y sobresaltos; porque, la verdad sea dicha, señor, yo no puedo creer que haya nadie que tenga buen corazón que goce viendo á un semejante suyo expuesto á morir á cada paso.

—Pues por eso es que, convencido Chiarini de la verdad de estas observaciones, ha mandado á fabricar esa red que ha de devolver la tranquilidad á los espectadores.

—Siendo así, *D. Junípero*, ofrezco acudir al Circo esta noche á la cita que V. me dá.

—Pues, hasta la noche.

—Hasta la noche, pues.

Esparavan.

EL AÑO 1.900.

HACIA poco rato que estaba acostado, y apenas sentía ya el enjambre de mosquitos que zumbaban en mis oídos. Todos los ruidos exteriores llegaban á mí de una manera confusa.

Empezé á soñar.

Corría el último eslabon de la décima novena cadena, quiero decir, que finalizaba el siglo XIX.

Hallábame en la Habana, pero en la Habana cambiada, desconocida; en la Habana sin polvo, sin fango, con sus calles empedradas, las que se regaban dos veces al día.

Los cocheros median sus palabras, y no infringían las ordenanzas municipales, los negros vendedores de dulce dejaban las aceras libres, los carretoneros llevaban las mulas al paso, los tabacos se vendían á ocho por medio y eran muy buenos, no había casas de prostitución que ofendieran la moral, se bailaba muy poco, nadie estaba ocioso, las ventanas de la calle de la Habana, entre Obispo y O'Reilly, habían desaparecido; no se veía un solo rótulo falto de ortografía, pues que se contaba con una comisión especial para revisarlos; en las ferreterías avisaban antes de sacar alguna barra, barril ó lo que fuere; el «Píncel Habanero» había muerto de consunción.

Válgame Dios, y cuantas innovaciones que sería prolijo enumerar! Apenas me daba cuenta de lo que veía, é interiormente me regocijaba de tanta ventura y felicidad.

Entré en una botica, y el farmacéutico, vestido de bata y gorro blanco, me recibió políticamente: le pedí pastillas para las lombrices.

—¿Qué pide V?, me preguntó, riendo como un condenado.

—Pastillas para las lombrices, contesté amostazado.

—Tú, tú, tú... Pero si hace tiempo que nadie las usa, pues ya «los niños no las piden ni en voz baja.» Lo mismo digo del «gran purificador de la sangre» que ya no tiene salida, porque Jaime Wyckoff, ha dejado de existir y no puede dar fé de su «milagrosa cura.»

—Pues, bien, le dije; tendrá V. aceite de hígado de bacalao.

—Bacalao...? nadie lo quiere ya sino es para cocinarlo á la vizcaina.

—Salí confuso. Pasaba una *simona*, pero nueva, limpia, el caballo gordo y bien enjaezado, el calesero aseado y vestido decentemente: entré en la volante y me llevó hasta Tacon, y como habían pasado 37 años, las pilitas del parque estaban muy crecidas y habían cambiado de piel; eran de hermoso mármol blanco.

Entré en Escauriza, tomé un diario y ví, con gusto, que las correspondencias no eran tan parciales como en el año 63.

Púseme á buscar un billar, y por mas que hize y anduve no encontré uno.

Seguí por la calle de San Rafael y entré en un café: reparé al tomarla,

que la leche era pura, y al pagarla, que era barata.

Me detuvo, al salir, un individuo á quien en otros tiempos conociera arras-trando coches y teniendo casa y lacayos, y al preguntarle sobre esto.

—Ya no hay *ingleses*, me contestó: mira, yo me he desprendido del lujo que llevaba, he pagado mis trampas y hoy, aunque pobre, vivo gustoso y honradamente.

Entré en el teatro; se hacía «El Trovador.» Palcos, lunetas, tertulia, cazuela, todo estaba tranquilo, y aunque había mucha concurrencia no se oía una sola voz.

Recordé involuntariamente «Un bautismo en Jesus María,» cuya obra estaba entonces, á no dudarlo, en los empolvados estantes de algun anticuario.....

Después que concluyó la función, salí. En el portal encontré á una joven, á quien *caigo pesado* por usar bomba blanca, llevar gafas y fumar tabacos: al hablar con ella conocí que había variado de modo de pensar, pues me dijo que era yo muy gracioso.

Otra, que vive frente de la anterior, que hacia tiempo no iba á diversiones, y á quien amaba yo con todo mi corazón el año 63, me dijo, que ella también me amaba. ¿Qué cambiadas estaban las mujeres en 1900!

—Tan, tan, tan.....

—Adelante! dije, despertando azorado, y arreglándome lo mejor que podía.

—Señor, hoy cumple el alquiler del cuarto y.....

—Ah! sí, y cuánto es?

—Veinte pesos.....

Ay! veinte pesos.....! Y acabo de soñar que los alquileres se habían reducido y que los caseros se habían convertido al cristianismo.....!

Era una ilusión!

Julio Lomdico.

DOÑA COCORROTINA.

LECTOR, sin tu permiso voy á referirte un cuento. No arrugues el entrecejo, mira que el que voy á contarte es nada menos que el de la Señora Cocorrotina.

«Esta Señora está cosiendo debajo de una mata de corajo y le cayó un corajo encima. Levantóse despavorida y echó á correr sin detenerse mas que para gritarle á un chivo que encontró á su paso: «Huid, huid señor chivo, que el mundo se quiere caer.»—¿Quién se lo dijo á V?—«Un pedazo me cayó encima.» Y el chivo emprendió sin tregua la carrera hasta que tropezando con un perro exclamó: «Huid, huid, señor perro, que el mundo se quiere caer.»—¿Quién se lo dijo á V?—La Señora Doña Cocorrotina.»—«¿Y quién se lo dijo á la Señora Doña Cocorrotina?—«A ella le cayó encima.» Y el perro corrió también.....

Mas, lector, escucho que me dices: «Termina, majadero, que ya soy grande para que me cuentes esas simplezas.»

No te enojos, por Dios, que fué un capricho; Quise escribir, faltóme el argumento Y relaté sin tu permiso un cuento. Mas supón, oh lector, que nada he dicho.

«¡Vecino, vecino! grita Doña Ursula desde su ventana.

—¿Qué se le ofrece á V.? responde, y no en voz baja, D. Pánfilo que se ha asomado á la suya.—«Hágame el favor de venir acá.» Ambos desaparecen, y D. Pánfilo entraluego en casa de Doña Ursula.

—«Buenos días, Señora Doña Ursula.»

—«¡Ah, D. Pánfilo, pobre muchacha! ¿V. no ha sabido nada?—«No Señora.»

—«¡Pobre Frasquita, tan buena, tan... de veras que no ha sabido V. nada?»

—«No Señora, cuénteme V.»

—«¡Ah, D. Pánfilo, no quisiera..... pero bien, sabe V. que yo no soy habladora.»

—Nada de eso, Doña Ursula, dígame lo que sepa que yo me intereso mucho por esa apreciable Frasquita.

—Lo sé muy bien, y por eso me decido á contárselo á V. Anoche á las nueve fui á casa de Frasquita para recoger mi abanico que dejé allí olvidado por la tarde.»

—«Hubiera V. mandado á un criado, Señora Doña Ursula.»

—Imposible, porque..... No me interrumpa V. D. Pánfilo. Entré en casa de Frasquita y no viendo á nadie en la sala iba á retirarme, cuando sentí voces en el segundo aposento; voces que luego se trocaron en gritos; golpes, lamentos..... qué se yo. Me acerqué mas á la puerta y por el ojo de la llave vi, ¡oh D. Pánfilo!, á D. Juan, el marido de Frasquita amenazante con un garrote en la mano, y ésta llorando, gritando sobre su cama.

—Me deja V. pasmado, Sra. ¿Cómo ese hipócrita de D. Juan apaleaba á la inocente, á la pobrecita Frasquita? Estoy indignado. Adios, adios, Sra. Doña Ursula.»—D. Pánfilo, D. Pánfilo.»—«Señora.»—«Guárdeme V. el secreto.»—Esa recomendación es inútil, no tenga V. cuidado.»

Y D. Pánfilo vá á contárselo á D. Mateo, y D. Mateo á Doña Filomena, y esta á otro, y no ha trascurrido media hora cuando ya á todo el barrio se le ha encargado el secreto.

¿Qué concurrida está esta noche la casa de la apreciable Frasquita!

Allí están Doña Ursula, D. Pánfilo, D. Mateo, Doña Filomena. en fin, todos sus buenos vecinos.

Qué de cuchicheos. Todos miran con indignación á D. Juan, y con lástima á la pobre Frasquita. Esta se muestra muy afectuosa con su marido; cosa inesplicable para los concurrentes.

Doña Ursula, que habla por los codos, ha traído diestramente la conversacion al terreno de las palizas. Después que sobre la materia contaron muchas cosas los vecinos, dijo riéndose Frasquita:

—Pues, señores, anoche á las once Juan le dió una paliza á un gato que se había metido debajo de mi cama. ¿Qué miedo le tengo á los gatos! Este estaba furioso, y mientras Juan dándole trataba de echarlo fuera, yo acurrucada en mi cama lloraba y ponía el grito en el cielo.

Un gato entró magestuosamente en la sala.—Ese es; esclama tímidamente Frasquita.

Consternación general. Uno mira á Doña Filomena, Doña Filomena á D. Mateo, D. Mateo á D. Pánfilo, D. Pánfilo á Doña Ursula, y Doña Ursula al gato, no de otro modo que Doña Cocorrotina debió mirar el corajo que le magulló la cabeza, cuando le hubo salido el susto del cuerpo.

Rafael Regino...

JUNIPERADAS.

El bello arte de la pintura acaba de recibir dos refuerzos llegados del extranjero. Uno es el Sr. D. Tirso Torre, joven pintor vascongado, que, después de haber terminado sus estudios en Roma y Florencia, se ha decidido á pasar una temporada entre nosotros. El joven artista trae entre otros trabajos de mérito, un cuadro alegórico de los *Fueros de Vizcaya*. Recomendamos su adquisicion á cualquiera de los vascongados ricos y amantes de nuestras sagradas tradiciones.

El otro artista es el Sr. Harrison que acaba de llegar de Méjico y que se distingue en una especialidad: la pintura sobre vidrio. En la Dominica está de manifiesto una obra de dicho Sr. y en ella pueden ver nuestros lectores una muestra de su habilidad. Como sabemos que el Sr. Harrison se prestaría á dar lecciones de ese género de pintura á las señoras y caballeros que deseen favorecerle, les manifestaremos que se hospeda y recibe órdenes en el hotel Almy, plaza de San Francisco.

El Bazar benéfico termina hoy domingo. No necesitamos recomendar á nuestros lectores la asistencia, porque el resultado hasta el presente ha sido como todos esperaban; magnífico. El público de la Habana se ha portado como sabe hacerlo cuando se apela á su caridad.

Réstanos en nombre del pueblo acomodado y del pueblo pobre, tributar á las señoras y señoritas de la Asociacion de Beneficencia domiciliaria el homenaje de gratitud y respeto á que se han hecho acreedoras, por el empeño con que han llevado á cabo tan generosa empresa.

Los artilleros se preparan á festejar á su patrona *Santa Bárbara*. Ya circulan las papeletas de invitacion para las fiestas que han de tener lugar en el cuartel en los dias 3, 4 y 5 del próximo Diciembre. A continuacion insertamos el programa; todos saben que este suele llevarse á cabo con la brillantez que siempre ha desplegado en casos semejantes el brillante Real Cuerpo.

PROGRAMA

de las fiestas que el Real Cuerpo de Artillería celebra en los dias 3, 4 y 5 de Diciembre de 1863, en honor de su patrona "Sta. Bárbara."

DIA 3.—A las 3½ de la tarde se correrán tres toros de muerte en la Plaza que al efecto se ha construido en el Cuartel de Montaña, siendo aquellos picados, banderilleados y estocados, por individuos del Cuerpo aficionados; concluido esto se dará de cenar á la tropa en sus respectivos cuarteles.

DIA 4.—A las 9 de la mañana funcion de Iglesia en el Espíritu-Santo.

A la misma hora y en los mismos términos que la tarde anterior, se correrán tres toros de muerte, y á las ocho de la noche habrá baile.

DIA 5.—A las nueve de la mañana y en el mismo templo, funcion de Iglesia, en conmemoracion de los difuntos del Cuerpo.

A las cuatro de la tarde, cucañas y otros festejos; y á las siete y media de la noche, funcion dramática compuesta de las piezas siguientes:

Los Dos Compadres, ó sea el Verdugo y Sepulture-ro, Pascual y Carranza y Un Cuarto con dos Camas; cuyos papeles están á cargo de individuos del Cuerpo.

Todos estos actos serán amenizados por la banda de música del Regimiento de á pié.

La compañía de ópera itálico-matan-cera ha dado dos funciones en nuestro Gran Teatro. El público la ha acogido benévolamente, dando aplausos á los artistas y empresarios. Pasa de 4,000 pesos el producido de las dos noches.

En vista de tan satisfactorio resultado, no dudamos que la empresa se apresurará á reforzar la compañía que para nuestro teatro es débil. La Habana ha respondido al llamamiento; la empresa debe corresponder á los deseos del pueblo.

El Dr. Sauto, que tanta influencia tiene con los Sres. Lorini y Baratini podría administrarles un excitante para que anduvieran con la prisa que este asunto necesita.

Ya que hablamos de artes no podemos dejar de mencionar los retratos fotográficos de los cantantes italianos, hechos en el acreditado *Palacio del Arte*, Calzada de Galiano, entre S. Rafael y S. José, y espuestos en el Gran Teatro en la última noche de ópera. Son notables entre los buenos que se hacen en la Habana, á pesar del corto tiempo que el autor ha tenido á su disposicion para ejecutarlos y exhibirlos.

El eminente cantante Lablache, era muy alto y grueso.

Un año cantaba en el primer teatro de Lóndres, al mismo tiempo que se dejaba admirar por los ingleses el célebre enano llamado general Tom Pouce.

Estas dos celebridades vivian en la misma fonda.

Una señora inglesa, que no habia podido ver al general Tom Pouce y se veia precisada á salir de Lóndres de pronto, no quiso abandonar la ciudad sin ver al ilustre enano. Corrió, pues, á la fonda, y equivocándose de puerta, llamó á la de Lablache.

Abrió la puerta este mismo, y la señora, al verle, retrocedió dos pasos.

—Venia á ver al general Tom Pouce, dijo.

—Yo soy, señora, contestó Lablache.

—Pues me han engañado; porque, segun me dijeron, era V. un hombre muy chiquitin.....

—En el teatro, señora, es así; pero cuando vuelvo recupero mi estatura regular.

Un individuo se acercaba el otro dia muy apurado al despacho de billetes del ferro-carril del Oeste.

—Cuántos trenes hay hoy por la mañana? preguntó al empleado.

—Dos, uno á las seis y otro á las ocho.

—¿Y cuál de los dos llega primero?

—Hombre el de ayer por la tarde, le contestaron con mucha oportunidad.

A propósito de la pregunta mencionada, recuerdo que viniendo del Cerro una vez en un carro del ferro-carril urbano, un pasajero interpeló al conductor para advertirle que otro carro de la

misma empresa venía muy aprisa tras de nosotros y que si el cochero no arreaba nos pasaria indudablemente.

Hallábase en Dantzic hace algun tiempo el Príncipe real de Prusia presenciando el embarque de varios emigrantes que se dirigian á América, y un mozo que allí se encontraba, se acercó al príncipe y le dijo: Si S. A. R. me da medio soberano le prometo un recurso para evitar la emigracion de nuestros compatriotas.—He aquí un Federico de oro, contestó el príncipe, habla!

—Bien, pues, replicó el otro, haced que el rey envíe á Mr. Bismark para América, y os prometo que ningun prusiano lo seguirá.»

FUÉ UN PERCANCE.

ESTANDO en California, el año 1859, el pianista aleman Herz, tenia anunciado un concierto en una de las nuevas ciudades que de la noche á la mañana se han planteado en aquel aurífero pais; pero, para ello se habia visto obligado á enviar á la capital en busca de un piano.

Llegó la hora anunciada para empezar el concierto; todas las entradas se habian vendido, el local estaba lleno á mas no poder, el pianista en su puesto, y todo estaba listo, ménos el piano. Por algun tropiezo imprevisto, el instrumento no habia llegado aun. Herz miraba á su toco y barbudo auditorio, y como le habian contado tan terribles historias de esos buscadores de oro, empezó á temer que para llenar el ocio y *hacer algo*, ya que no cumplia lo prometido, le diesen á gustar algo de sus *revolvers* y *puñales*. Gruesas gotas de sudor corrian por su frente y mejillas, y hubiera deseado encontrarse en cualquier otro punto menos en California, y entre aquellos hombres.

Los mineros conociendo lo que le pasaba, empezaron á gritar: «Nada; poco nos importa el maldito piano! No nos hace falta! venimos solamente á verlo á V.! Haga un *speech!*» Herz, un poco mas tranquilo, hizo lo que pudo. El discurso lo tenia tan entretenidos, que todos, á escepcion del artista, se habian olvidado enteramente del piano cuando la llegada de este fué anunciada. Era un piano largo, de esos llamados *grand concert*, y Herz seguro de asombrar á esos simples y rudos habitantes de las costas del Pacífico, cogió por taburete una barrica de cerveza vacía é hizo correr los dedos por encima el teclado con aquella maestría que le habia valido tantos aplausos en otros puntos.

Pero, ¡ni una sola nota articulaba el dichoso piano! solo se oía un ruido sordo como quien golpea agua!

Los Californios que habian conducido la *caja* desde San Francisco, la encontraron demasiado pesada para llevarla en hombros, y no pudiendo con ella, la habian echado al rio y conducídola á flote á su destino; y cuando la sacaron en el muelle, se olvidaron de dejar salir el agua que se habia introducido y aflojado las cuerdas.

HABANA:—LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», BOBISPO 22.